

© Casa Amèrica Catalunya

Relator: Francesc Montserrat

Realització editorial: líniazero edicions

Disseny: Pilar Gorriz

Impressió: Arts Gràfiques Orient

Aquesta obra està sota una llicència
de reconeixement no comercial sense obra
derivada 2.5 Spain de Creative Commons.
Per veure'n una còpia visiteu:
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/

Es permet la còpia, distribució i reproducció
d'aquesta obra sempre i quan sigui sense ànim
de lucre, s'acrediti l'autoria i es mantingui la
nota de llicència.

ISBN: 84-85736-25-7

DL: B-27164-2006

Casa Amèrica Catalunya

Còrcega 299, entresòl | E-08008 Barcelona

05

Bolivia: La refundación de un país

Índice

Presentación | 9

Introducción | 11

I Movimientos políticos | 15

II Emergencia indígena | 21

III Descentralización y territorialidad | 31

IV Recursos naturales y modelo económico | 41

V Asamblea Constituyente | 49

VI Cooperación, inmigración y codesarrollo | 55

VII Los retos inmediatos | 69

Apuntes biográficos | 73

«Bolivia: la refundación de un país. Los desafíos de una oportunidad histórica» fue la primera de las Jornadas Americat XXI que organizó Casa Amèrica Catalunya. Concebidas como espacio de debate y reflexión, dichas Jornadas tienen como objetivo propiciar el encuentro entre actores sociales, intelectuales, académicos, políticos, económicos y culturales de ambos lados del Atlántico para debatir, reflexionar y polemizar sobre temas de la máxima actualidad iberoamericana.

En este caso, las Jornadas sobre los desafíos políticos de Bolivia se celebraron los días 22 y 23 de febrero de 2006 en el Museu d'Història de Catalunya apenas transcurrido un mes de la toma de posesión de Evo Morales como nuevo presidente. Con este hecho histórico como marco, los participantes debatieron los retos a los que debería hacer frente el nuevo gobierno del MAS y las perspectivas nacionales e internacionales que podían desprenderse de su programa electoral.

Las Jornadas se desarrollaron en cinco mesas redondas temáticas participadas por especialistas de muy diversos ámbitos, de nacionalidad mayoritariamente española y boliviana, y fueron inauguradas por David Minoves y Antoni Traveria, directores de la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament y Casa Amèrica Catalunya, respectivamente. La agenda del 22 de febrero incluyó las mesas *Movimientos políticos y procesos actuales*, *Descentralización y territorialidad* y *Emergencia indígena*. El día 23 lo hicieron las mesas *Recursos naturales y modelo económico*, *Cooperación, inmigración y desarrollo*, así como una mesa de reflexión global a modo de conclusiones.

Los textos recopilados en este documento son una reelaboración de lo expuesto por los distintos ponentes en las respectivas mesas redondas. Hemos preferido articular un relato coherente en el que menudearan las citas literales a presentar la simple transcripción de las ponencias. Asimismo, los distintos capítulos de este libro

se corresponden sólo parcialmente con las mesas mencionadas, puesto que la articulación de esta especie de crónica así parecía aconsejarlo. Con todo, nuestra pretensión ha sido recoger fielmente todos los matices, disensiones y propuestas de los participantes. Al final de este volumen, además, se incluye un breve apunte biográfico de cada uno de los ponentes.

Finalmente, la celebración de estas Jornadas y la publicación de este libro habría sido imposible sin la colaboración de la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament, que supo ver la importancia de la celebración de encuentros de esta naturaleza en Cataluña, y la coordinación de Pau Janer y la dirección de Marta Nin. Agradecimiento también para el Museu d'Història de Catalunya y su director Jaume Sobrequés, que cedió a Casa Amèrica Catalunya sus excelentes instalaciones para la celebración de las Jornadas. Nuestro más sincero agradecimiento a los ponentes, que mostraron un entusiasmo y un rigor que, esperamos, hayamos sido capaces de reflejar en este primer volumen de la colección Americat XXI. Y permítanme una mención especial para el relator de este trabajo, Francesc Montserrat, y el editor de este volumen, Ramón González, ambos profesionales del equipo de Casa Amèrica Catalunya.

Antoni Traveria
 Director de Casa Amèrica Catalunya

La victoria electoral del MAS (Movimiento al Socialismo) de Evo Morales, sorprendente por su amplio margen —casi el 54% de los votos—, significó un acontecimiento mayúsculo para Bolivia, el país más pobre de Sudamérica y uno de los más pobres del mundo. Tras un largo y convulso periodo marcado por las políticas neoliberales de distintos gobiernos y la constante movilización de los sectores de la población —indígenas, en su inmensa mayoría— que fueron sistemáticamente olvidados por la clase dirigente, los comicios del 18 de diciembre de 2005 encumbraron a un líder sindical cocalero, del pueblo aymara, que juró el cargo de presidente de la República con el puño izquierdo en alto y la mano derecha sobre el corazón. Bolivia, relegada a un segundo plano con respecto a la mayoría de sus países vecinos —Brasil, Argentina, Chile— escribía las primeras líneas de un capítulo histórico, revolucionario. En esta ocasión, toda América Latina, en particular, y el mundo, en general, la señalaron con el dedo. El alcance del cambio consumado exigía seguir con atención el desarrollo de sus consecuencias. Nunca Bolivia había estado más presente en el mapa mundial.

Bolivia suma cerca de 8.500.000 habitantes y tiene una superficie de 1.098.580 km² que se reparte en nueve departamentos. El país cuenta con casi cuarenta etnias. En la región andina, por la que es principalmente conocida Bolivia, se concentran cuatro grupos étnicos. Entre estos figuran los aymaras y los quechuas que, según datos del Ministerio de Asuntos Indígenas, presentan una población total que asciende a los dos millones de personas. En contraste con esta cifra, en las tierras bajas (región amazónica, región del oriente y región del Chaco) el número de grupos étnicos asciende a 31 para un total de sólo 200.000 habitantes. Esta realidad es el mejor ejemplo para explicar la extraordinaria diversidad cultural y multiétnica que caracteriza el país.

Pero en el contexto internacional Bolivia pocas veces ha sido noticia por las reflexiones que, en positivo, pudieran extraerse a raíz de su profunda diversidad: el país

12 siempre ha sido sinónimo de inestabilidad política, desigualdad y pobreza. En el ámbito económico acumula estadísticas y porcentajes que reflejan un panorama desolador: el 64% de su población vive bajo el umbral de la pobreza y el 14,4% sobrevive con menos de un dólar al día; el ingreso per cápita es de 883 dólares al año, mientras que sólo el 1% de los bolivianos reúne ingresos familiares superiores a los mil dólares al mes.

Estos datos se agravan aún más si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de la economía boliviana se encuentra enquistada en el sector informal, circunstancia que impide el crecimiento de su base fiscal y contribuye a la precariedad del empleo. Con respecto al capítulo concreto de los puestos de trabajo también cabe subrayar que el 83% se concentra en microempresas que, sin ayudas del Estado, desarrollan su actividad con el único objetivo de alcanzar los ingresos que permitan satisfacer los requisitos que demanda una supervivencia básica. Por otra parte, y puesto que el crecimiento estimado que experimentará la población activa pasará de 3,1 millones a 4 millones, durante la próxima década deberían generarse 100.000 empleos cada año.

En la actualidad, predomina la población urbana (5,2 millones) sobre la rural (3,1 millones). El resultado de diversas estimaciones coincide en señalar que el número de pobres urbanos será superior al de pobres rurales antes de finalizar el año 2006, con lo que las consecuencias derivadas de la absoluta escasez de medios tenderán a intensificarse dado que la pobreza suele manifestarse con mayor crudeza en el ámbito de las ciudades.

En un país donde la desigualdad es un constante —y creciente— rasgo identificador, es fácil concluir que, en líneas generales, la riqueza suele encontrar un natural acomodo en los rostros —bolsillos— más blancos. Así, se calcula que la población indígena debería percibir el doble de sus ingresos actuales para poder escapar de la pobreza, situación que afecta a un 80% de los hablantes de lenguas originarias (el porcentaje disminuye hasta el 56% para la población cuya lengua materna es el castellano).

Y aún un último dato que refleja de manera incontestable el grave problema de la desigualdad: algunas fuentes afirman que unos dos millones de campesinos traba-

13 jan cinco millones de hectáreas, mientras que un centenar de familias son las propietarias de 25 millones de hectáreas. La tierra, pues, sigue concentrada en unas pocas manos, y estas pocas manos son las que controlan los procesos, el rendimiento y los ingresos que se obtienen de ella.

Fuera del ámbito estrictamente económico, las cifras también son muy desalentadoras. En Bolivia, donde sólo el 60% de la población tiene acceso directo al agua potable (73% en Latinoamérica), la esperanza de vida se sitúa en torno a los 63,5 años, cuando la media en el conjunto de América Latina llega a los 70. Los índices de mortalidad infantil son muy superiores (71/1000) a los globales de la región (32/1000) —en España, por ejemplo, es inferior al 5/1000—, mientras que por cada mil habitantes sólo hay 1,3 médicos.

El porcentaje de analfabetos entre la población adulta boliviana es del 13% (705.000 personas). El 20% de la población indígena nunca ha sido escolarizada. Entre los no indígenas, la cifra desciende hasta el 6%. La falta de escuelas provoca que muchos niños y niñas tengan que andar más de 15 kilómetros para poder asistir a clase.

Todo esto ocurre en un país que produce algo más de la cantidad de petróleo que precisa para su consumo y que posee las segundas reservas de gas natural de América Latina por detrás de Venezuela. El valor de estas reservas, que probablemente se incrementen en los próximos años, equivale a 16 veces del total de su deuda externa, y garantizan una disponibilidad de gas para más de cien años. Según declaraciones del ministro de Hidrocarburos, Andrés Soliz Rada, Bolivia posee 0,138 trillones de metros cúbicos de reservas de gas entre reservas probadas y probables, cantidad que significa unos 150.000 millones de dólares.

A pesar de sus abundantes recursos naturales, Bolivia ocupa, sobre un total de 177, el puesto 113 en el listado que clasifica a todos los países del mundo en función del Índice de Desarrollo Humano (IDH), un indicador que, elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), refleja tres aspectos del bienestar humano: el ingreso económico, la educación y la salud.

A nadie le cabe la menor duda de que el proceso político recién iniciado en Bolivia responde a la voluntad colectiva de un pueblo que apuesta por una nueva forma de gobernar. Básicamente, durante los últimos veinte años, desde 1985 hasta 2005, dos partidos derechistas —el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y la Acción Democrática Nacionalista (ADN)— ejercieron el poder en un país que, sobre todo en los últimos cinco años, cada vez mostraba mayores síntomas de querer traspasar los límites que imponía el modelo neoliberal y legitimar la puesta en marcha de un proyecto nuevo, capaz de generar ilusión y de liderar con firmeza el avance hacia un futuro en el que el progreso, entendido como la aproximación hacia el bienestar de la población en general y el fin de las prácticas racistas y excluyentes, fuera algo más que una quimera.

Para valorar en su justa medida el grado de esperanza y la enorme expectación que se vive en Bolivia es necesario echar un rápido vistazo a la historia de este país, fundado en 1825. En el curso de su exposición, el antropólogo Andreu Viola recordó que hasta la revolución de abril de 1952 «la población indígena sufrió la absoluta privación de derechos tan elementales como el de la escolarización o el del voto, sin olvidar que, jurídicamente, era tratada como un menor de edad, tal y como demuestra el argumento muy utilizado en los años cuarenta que sostenía que los indígenas eran incapaces de comprender leyes y derechos». La situación varió ligeramente a partir de 1952, cuando se reconocieron algunos derechos individuales. Sin embargo, las discriminaciones siguieron estando a la orden del día y, por supuesto, los pueblos originarios bolivianos apenas dispusieron de representación política. «En los años setenta, en un proceso en el que Bolivia ha sido pionera en el continente, se organizaron los partidos y las candidaturas electorales indígenas, aunque siempre obtuvieron resultados muy testimoniales: nunca superaron el 2% entre 1979 y 1993», concretó Viola.

Es en esta última etapa de la historia boliviana cuando, en 1985, se aprobó el Decreto 21060: «Muchos analistas lo han considerado como un verdadero experimento en el que Bolivia fue utilizada como conejillo de indias por parte del Fondo Monetario Internacional —señaló Andreu Viola—. Este decreto supuso la aplicación de uno de los programas de ajuste estructural más socialmente brutales de las últimas décadas. Aunque consiguió frenar la hiperinflación que sufría el país, acarreó unos costes sociales que aún hoy condenan a una mayoría de bolivianos a vivir en la pobreza».

A todo esto, Andrés Tórrez, economista y politólogo de la Universidad Católica Boliviana, añadió que Bolivia se ha ido construyendo al calor de los ganadores de turno, siempre pendientes de conservar la hegemonía en el poder. En su opinión, una de las consecuencias más negativas que ha aportado esta dinámica ha sido la de forjar un país que no tiene conciencia de quién es ni de cuál es su identidad: «A mí me recuerda a Frankenstein, el personaje de Mary Shelley. Como en la novela, Bolivia experimenta un proceso de reflexión muy particular. La criatura cobró vida a partir de la unión de distintas partes de otros cuerpos. Así, le asalta una crisis de identidad. Qué es y a dónde pertenece son los ejes centrales de la obra. Bolivia ha sufrido este mismo trauma. Ha sido conformada con distintas partes y todavía no llega a construir una identidad que le permita definirse».

Exclusión, pobreza, falta de identidad. ¿Qué fue lo que definitivamente unió a los sectores más desprotegidos para conjurarse en la búsqueda de una alternativa a las políticas neoliberales desarrolladas por los últimos gobiernos? En el año 2000, en Cochabamba, distintas organizaciones indígenas declararon la llamada «Guerra del Agua» en protesta por el alza de tarifas que aplicó la compañía Aguas del Tunari, propiedad de la multinacional Bechtel. Tres años después, surgió una oleada de protestas sociales contra un proyecto de exportación de gas natural a Estados Unidos y México impulsado por el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada. La «Guerra del Gas» bloqueó carreteras y calles, paralizó el país. El conflicto dejó 67 muertos y forzó, el 17 de octubre de 2003, la renuncia y huida del presidente. Visto con una cierta perspectiva, parece que las movilizaciones por el agua y el gas encendieron la mecha que haría estallar los cimientos de las viejas estructuras de poder. En este mismo sentido se expresó Josep Maria Deop, periodista y antropólogo: «El proceso de

toma de conciencia de la población boliviana hubiera sido mucho más pausado sin la «Guerra del Agua» y la «Guerra del Gas». No es ningún absurdo afirmar que ha sido la propia dinámica de las élites bolivianas la que ha conllevado su caída. El grado de represión, el brutal desprecio con el que históricamente han sido tratados los bolivianos de origen indígena ha acabado desembocando en la pérdida de confianza de esta población respecto a unas élites que, en muchas ocasiones, se habían servido de ella».

El cambio de rumbo, esa pérdida de confianza, se consumó el 18 de diciembre de 2005, cuando el partido de Evo Morales consiguió 72 diputados, mayoría absoluta. Andreu Viola empleó el término *pachakuti* para explicar lo sucedido en Bolivia: «Es un concepto importante dentro de la mitología quechua y aymara que se refiere a un cataclismo de carácter cíclico cuyo significado literal sería “darle la vuelta al mundo, invertirlo”. Es el fin de una era y el inicio de una nueva». A pesar de coincidir en que la victoria de Evo Morales significó un hito en la historia de Latinoamérica, Andrés Tórrez prefirió ser prudente y advirtió que «estadísticamente, el presidente Morales no debería hacer lo correcto» puesto que la historia boliviana, y la de toda América Latina, está plagada de líderes que aprovecharon su hegemonía con fines en absoluto merecedores de elogio alguno. Más aún, se amparó en numerosos ejemplos para justificar que todavía es muy pronto para hablar de *pachakuti*: «En 1982, la izquierda [boliviana] se unió en una gigantesca alianza para conseguir la transformación y el desarrollo. Se generaron unas expectativas extraordinarias, pero el cambio no se dio». Sea como sea, nadie cuestiona que en Bolivia se ha consumado un paso gigantesco, quién sabe si definitivo, para enterrar la «tradicional» manera de hacer política, ineficaz para sacar al país del atolladero en el que se encuentra. «Pero que nadie piense que la derrota de la vieja oligarquía ha sido definitiva —alertó Josep Maria Deop—. Las élites no han perdido la posibilidad de bloquear decisiones políticas ya que, entre otras cosas, se han asegurado un contrapoder que está llamado a jugar un papel determinante: han obtenido seis de las nueve prefecturas, los gobiernos de los departamentos. El poder prefectural va a ser una piedra en el zapato del Gobierno».

Quizá el *pachakuti*, el cambio profundo que transforma conciencias y repercute en toda la sociedad, requiera su tiempo para consolidarse. Lo que ya es una realidad

18 innegable es que el «tsunami azul» (por la fuerza y el color del partido vencedor) arrasó en las urnas. Fue un triunfo palmario que aplastó cualquier tentación de carácter intervencionista: «Es un secreto a voces que el gobierno norteamericano planeaba una intervención militar con tropas de la ONU en caso de que la situación política se tornara convulsa. Es decir, en caso de que el MAS obtuviera un 40 o 45% de los votos y «Tuto» Quiroga —líder de Podemos, la segunda formación en número de escaños— tratara de resultar elegido presidente mediante una alianza parlamentaria con otros partidos supervivientes del “viejo sistema”», recalcó Josep Maria Deop.

Como se ha dicho, Evo Morales alcanzó la presidencia tras obtener la mayoría absoluta en las elecciones de diciembre de 2005, «a pesar de que 800.000 personas fueron «depuradas» del censo y de que se calcula que cerca de un millón ni tan siquiera se inscribieron para votar», enfatizó Deop. Desde el retorno de la democracia, nunca se había dado una mayoría parlamentaria de tal calibre puesto que hasta entonces el reparto de escaños obligó a las diversas formaciones a establecer pactos, uno de los factores causantes de las inestabilidades del país. Sin embargo, la rotunda victoria del MAS significó un «hito histórico» también por otras razones: «Sobre todo porque ha sido elegido presidente un indígena —o un originario, como se prefiere», recalcó Viola. En efecto, el caso de Evo Morales es único, aunque hay quien sostiene que el primer indígena jefe de un ejecutivo en Latinoamérica fue Benito Juárez, líder de México entre 1858 y 1872. Lejos de entrar en discusiones estériles, los ponentes que intervinieron en la mesa *Movimientos políticos y procesos actuales* insistieron en el antes y el después que, para la sociedad boliviana, marcó el triunfo electoral de Morales: «Cuando Evo gana, los padres campesinos ya no educan a sus hijos para que sólo sean carpinteros; ahora les educan para que también sean presidentes», razonó Tórriz. Asimismo, Andreu Viola mencionó la presencia de apellidos quechua y aymara en el nuevo Gobierno, circunstancia inédita puesto que esos mismos apellidos, hasta el momento actual, habían sido un estigma que impedía el acceso a los espacios políticos, económicos y sociales.

La carrera política y sindical de Evo Morales no ha transcurrido por un camino de rosas. Según destacó Viola, «ha sido una carrera jalonada por atentados, detenciones

arbitrarias y feroces campañas de desprestigio personal impulsadas por diferentes gobiernos, la embajada de Estados Unidos u otros partidos: se le ha relacionado con los zapatistas de Chiapas, con Sendero Luminoso, con las FARC colombianas... y afortunadamente no tiene contactos con el mundo musulmán porque, de ser así, también se le hubiera vinculado con Bin Laden; ese odio surge como reacción a su carácter coherente e insobornable, como lo demuestra el hecho de que rechazara ofertas que le hubieran convertido en una figura decorativa, políticamente neutralizada». Los ataques a la figura de Evo Morales, sin embargo, aún prosiguen. En la mesa *Descentralización y territorialidad*, Franz Xavier Barrios, economista y director del equipo técnico de diseño constitucional en Descentralización y Administración del Estado para el Ministerio de la Presidencia de la República boliviana, indicó que la derecha boliviana continúa alimentando el fuego que cuestiona la capacidad técnica del presidente: «Yo creo que Morales ha demostrado de forma impecable que le sobran conocimientos y experiencia, y que no necesita de ningún título o formación adicional. Va a dar mucho más que los ilustrados y personalidades de las más famosas universidades que lo único que hicieron en los últimos 30 años fue robar o dejar robar». En la misma línea se expresó su compañero de mesa Joan Prats, director del Institut Internacional de Governabilitat (IIG), para quien el tema de la falta de preparación del presidente Morales es, además de una descortesía, un profundo error: «No se le ha elegido por ser el mejor técnico sino por reunir en estos momentos las mejores capacidades de conducción política del país. ¿A cuántos doctorados equivale el conjunto de su experiencia? Pongan en su lugar a alguien que tenga tres doctorados en las tres mejores universidades y fracasará». Prats, no obstante, subrayó que el propio MAS admite que presenta un déficit de capacidades técnicas y dijo que uno de los desafíos del partido de Morales es, precisamente, construir las competencias administrativas que son imprescindibles para gobernar.

Pero, como se ha visto, nada ha impedido que Evo Morales, acabara accediendo al poder al frente, por cierto, de unas siglas «prestadas»: «Ni a él ni a los suyos les permitieron tener un partido político y les prestaron unas siglas que ya estaban inscritas; incluso los colores azul, blanco y negro del partido son prestados», explicó Deop. Es por esta razón que, más que al significado de las siglas (Movimiento al Socialismo), haya que prestar atención al «subtítulo» que las acompaña: Instrumento

político para la soberanía de los pueblos y naciones originarias de Bolivia, su auténtica carta de presentación.

En cualquier caso, la esencia del MAS no ha sido obstáculo para que articulara un discurso flexible e integrador, capaz de seducir tanto a sectores de la izquierda como a círculos cercanos al ecologismo: «Los guiños al mundo indígena son una constante del MAS, pero no constituyen ni por asomo el eje de su política. Su objetivo desde el año 2002 era claro y nítido: presentarse como una alternativa de gobierno válida ante los bolivianos para, una vez en el poder, acometer una transformación de las estructuras políticas y económicas del país», indicó Josep Maria Deop, quien también se refirió al «posibilismo» del partido de Evo Morales al reparar en la elección del nuevo gabinete, asunto en el que, según dijo, se ha procurado satisfacer a los sectores sociales que apoyaron al nuevo presidente sin que ello despreciara la inclusión de nombres vinculados a las viejas estructuras de poder.

Está claro que, desde hace años, y ante la actitud ambigua de ciertas formaciones, Evo Morales ha sido la única oposición real, explícita y sistemática al modelo neoliberal. Tal y como concluyó Josep Maria Deop, el partido de Morales «ha sabido canalizar el hastío de un pueblo cansado de sentirse estafado en su propia tierra». Las riendas del poder han cambiado de manos. Bolivia inicia una nueva andadura: «La esperanza es extraordinaria, pero el proceso de reconciliación y de construcción de nación es largo; no se puede esperar un milagro a los dos días», reflexionó Andrés Tórrez. «Durante los últimos veinte años se ha usado el mismo modelo. ¿Se ha superado el proceso de pobreza? No. Ahora hay uno nuevo. ¿Funcionará? Ya veremos. Lo cierto es que en temas sociales el listón está muy bajo», resolvió Andreu Viola.

Durante los últimos años y como consecuencia de los distintos procesos reivindicativos surgidos en Bolivia, el fenómeno de la emergencia indígena ha ocupado un lugar destacado en las reflexiones de los distintos analistas que siguen de cerca la evolución sociopolítica de América Latina. Sin embargo, conviene señalar que los recientes movimientos de naturaleza organizativa que han protagonizado las comunidades indígenas y los pueblos originarios no constituyen ningún episodio inédito. Ciertamente, las movilizaciones basadas en la defensa de la propia identidad han alcanzado cotas de extraordinaria relevancia. Baste recordar la Marcha por el Territorio y la Dignidad de 1990 cuando, por iniciativa del pueblo moxeño, se consiguió la aprobación de un decreto que reconocía la existencia de los primeros territorios indígenas, así como el reconocimiento nacional de la diversidad y de la identidad propia de los pueblos indígenas de las tierras bajas. Luego vendrían las «guerras» del agua y de gas. Pero, como recordó en la mesa *Emergencia indígena* Óscar del Álamo, politólogo, la historia boliviana ofrece precedentes como el protagonizado por Tupac Catari en 1781: «La emergencia indígena se ha convertido en una etiqueta de moda, pero el fenómeno no es nuevo. Ocurre que ha pasado un lapso de unos doscientos años sin que se detectara en Bolivia un proceso organizativo que tuviera como hilo conductor a la identidad indígena. Creo que deberíamos hablar de una emergencia indígena contemporánea, aquella que surge en los años setenta». Es en esta década cuando aparecen los partidos políticos que conceden una gran importancia al componente étnico.

La victoria de Evo Morales en Bolivia, no obstante, pone de manifiesto un hecho relevante: las entidades originarias o étnicas están dispuestas a hacer frente a los retos que plantea la modernidad. Muchos teóricos pronosticaron que tenderían a desaparecer o que se conformarían con figurar en un segundo plano. Está claro que esos vaticinios eran erróneos y que, por tanto, la politización de aquellas entidades es una constatación que debe tenerse muy en cuenta: «Se había considerado